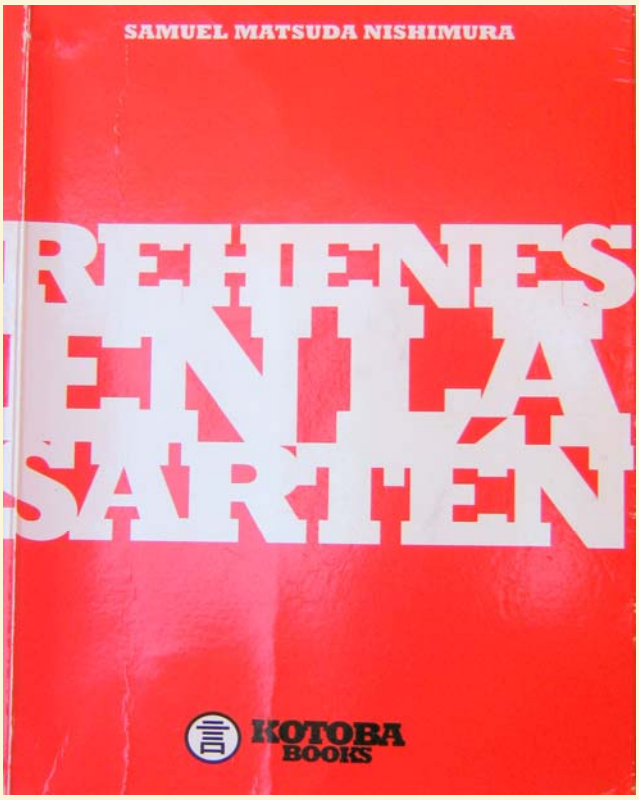

MATSUDA, SAMUEL:

REHENES EN LA SARTÉN

Ed. Kotoba Books (Lima, noviembre del 2008) pp. 299.-

El Perú es un país de sorpresas. Buenas o malas, pero sorpresas al fin. Lo imprevisible nos caracteriza. La captura de la concurrida embajada del Japón por un pequeño comando juvenil del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) el 17 de diciembre de 1996 fue una sorpresiva **hazaña militar** de trascendencia mundial. Igualmente lo fue el rescate de los rehenes por tropas de "elite" de las FF.AA. gubernamentales el 22 de abril de 1997. Ambos operativos fueron sorprendentes y lograron sus objetivos tácticos. El MRTA, la captura y las FF.AA. el rescate.

Pero, de la acción militar, no trata el libro; ni tampoco de las negociaciones; sino, del **testimonio** de su autor, uno de los 73 rehenes que quedaron en el palacete del embajador Morisha Aoki durante algo más de cuatro meses y de **la convivencia** en cautiverio

He dicho que fue una hazaña militar porque un puñado de jóvenes del MRTA reclutados en los caseríos de la selva de Chanchamayo, un excobrador de microbús de Lima, joven también, y comandados por un cholo peruano, Néstor Cerpa Cartolín, exdirigente sindical de la extinta fábrica CROMOTEX de Vitarte, capturaron a 450 invitados, entre ellos a la elite del poder. Solo faltaron el presidente Fujimori y el poderoso banquero Dionicio Romero.

Un puñado de jóvenes del pueblo –entre ellos dos mujeres- tuvo la valentía de jaquear a un régimen autoritario y militarista y escarnecieron a todos los aparatos de seguridad. De esta manera atrajeron la mirada del mundo y hasta la participación directa o indirecta de figuras mundiales como Bill Clinton, Fidel Castro, el Canciller del Japón, etc.

Entre los capturados estuvieron el canciller de la república, diplomáticos extranjeros, jueces, parlamentarios, alcaldes, directivos japoneses de Toyota, Panasonic, Merubeni, Mitsubishi; altos oficiales de las FF.AA. y policiales, entre ellos, el jefe de la Dirección contra el Terrorismo, el director de Interpol, etc., etc. Nunca se había visto un

botín humano de conspicuos representantes del poder. Los del pequeño grupo del MRTA, no sabían quién era quién entre los invitados, ahora cautivos; ya que no había ningún miembro de la clase dominante asimilado a la causa revolucionaria.

De los 450 invitados que asistieron a la celebración adelantada del natalicio del emperador Akihito quedaron cuarenta y nueve peruanos (incluidos *niseis*), veinticuatro japoneses y el embajador boliviano. Liberaron en un primero momento a los ancianos, mujeres y mozos. Entre las mujeres, liberaron a la madre del presidente de la república. Reducido el grupo, ya era controlable. Sin mujeres, más aún.

En esas condiciones, el palacete de Aoki se convirtió un laboratorio psicológico, social, político y antropológico; que aún aguarda para ser estudiado desde numerosas perspectivas y registrado por algunos *films*. De ahí la valía del aporte del periodista *nisei* Samuel Matsuda quien fuera también parlamentario y uno de los rehenes. La narración de *Rehenes en la Sartén* trascurre a manera de un diario personal literaturizado. Su título obedece a la reiteración de la frase: *tener la sartén por el mango.* Muy propia de nuestra cultura y que Morisha Aoki, el embajador japonés, no entendía. "Saúl" (Samuel Matsuda) se la traduce: *Tener el poder, el control, la capacidad de decisión.* Explícitamente es comparada la cultura japonesa y la criolla peruana. (pp. 166/69). Los japoneses formaron un grupo casi cerrado.

Un **canje** de prisioneros era la demanda principal de los guerrilleros; la otra demanda, un arrebato lírico: cambio de política económica del gobierno. Ante tremendo problema, la solución resultaba dilemática: incursión militar o negociación. Esto creó una gran expectativa e incertidumbre en el mundo y, por supuesto, en los 74 rehenes que se quedaron en *el patíbulo de la incertidumbre, medio fritos.* Se hicieron análisis de la relación costo/beneficio. El gobierno apeló, como sabemos, a un estratagema: dilatar la negociación y, luego, la incursión militar con un saldo de dos oficiales muertos, un rehén y todos los guerrilleros. Esta hazaña militar se vio empañada por las ejecuciones extrajudiciales (asesinatos) de dos guerrilleros rendidos o desarmados.

Rehenes en la sartén trata de lo que sucedía en la vida cotidiana de los rehenes que estaban en prisión domiciliaria y con una espada de Damocles que pendía sobre sus cabezas: la incertidumbre ante la solución del conflicto. Se sentían al pie del patíbulo a pesar del tratamiento humanitario que le prodigaron los guerrilleros en contraste con las torturas a que eran sometidos sus compañeros capturados en las cárceles del gobierno. No hubo revanchismo ni ley del Talión.

El MRTA quería negociar, no estaban decididos a inmolarse tan igual como Sansón y los filisteos; o, quizá, como hubiera actuado Sendero Luminoso. Este punto débil fue aprovechado hábilmente por el gobierno para **dilatar** la negociación y desgastar psicológicamente al

adversario; además, ganar tiempo en preparar la salida militar. Pero no solo ello, sino que **agotó psicológicamente a todos** los que estaban encerrados en la residencia**.** Aunque más aún a los propios guerrilleros; quienes no tuvieron una sólida mística revolucionaria para resistir y estuvieron, paradójicamente, más aislados que lo rehenes, pues, no contaron con apoyo ni comunicación con el exterior. Ni con la manifiesta simpatía popular.

El **cautiverio prolongado** afectó a todos y se manifestó según la personalidad de cada uno: Insomnio, pesadillas, inapetencia, disminución de peso, tristeza, depresión, frustración, irritabilidad, susceptibilidad, aburrimiento, angustia, nostalgia, cansancio, llanto, incontinencia urinaria, etc. Además, como no estuvieron aislados en celdas individuales, los rehenes presentaron desadaptación social ante la eliminación de las jerarquías y ante el trabajo físico; así como también, a la pérdida de privacidad para defecar en las letrinas portátiles. Las tareas comunes y cotidianas fueron divididas y se asignaron según una programación. Algunos militares intentaron, aún en esas circunstancias, hacer prevalecer sus galones.

Para evadirse de la realidad que les resultaba insoportable se las ingeniaron con diversos entretenimientos para **matar el tiempo** y no sentirlo: rompecabezas, ajedrez, damas, ludo, *bridge*, casino, *gin-rummy*, *mah-jong*, Otelo (entretenimiento de mesa), festival de chistes (pp. 210/12), fultbito, yoga, gimnasia, fumar, masturbación (pp. 214/16), escuchar música, cantar, tocar guitarra, escuchar radio del Perú y de Japón, celebrar los cumpleaños y el día de la amistad peruano/japonesa, armado de un velero en miniatura; en fin, todo se hacía para matar el tiempo: misa dominical, rezar, dictar y recibir clases de castellano y japonés, debatir un tema, urdir un plan de fuga, lectura y escritura. A estas dos últimas actividades estaba habituado Samuel Matsuda, pero, por sus múltiples ocupaciones, las había postergado; en estas circunstancias, lo ayudaron a sobrellevar la prisión domiciliaria y, por consiguiente, preservar su salud mental. (Este recurso fue utilizado por Oscar Wilde cuando estuvo en prisión y aislado, se preservó de la locura leyendo la Biblia que fue el único libro que filtró el capellán de la cárcel).

A Matsuda, sus apuntes en el cautiverio lo auxiliaron para sortear a la **depresión** que acechaba a todos los rehenes. Gracias a ello, disponemos de *Rehenes en la Sartén*. Con un tiro mató dos pájaros. Ahora entendemos a muchos novelistas que han narrado historias porque les resultaba insoportable la realidad existente. Crearon su propio universo para poder sobrevivir.

La narración de historias personales de los rehenes, son conmovedoras y seguidas con mucha atención por la audiencia; puesto que la sinceridad aflora con nitidez en situaciones de emergencia. Entre esas destaco dos: la historia de Saúl, el *nisei* criollo de Santoyo (pp. 86-

245), y la de Neyra, comandante de policía, que en su niñez fue recuperador furtivo de basura en las noches para venderla a los recicladores; esta sola historia real, justifica una revolución social (pp. 130/36). Otras historias son las de la iniciación sexual (pp. 111/14), la tierna historia de Sadako, etc. Todas esas historias son como las de Las Mil y una Noche; es decir, para evitar la muerte o, en el cautiverio, para no pensar en ella y deprimirse. Se trata de *matar el tiempo antes de que el tiempo nos mate.* (p. 141)

La locura es la evasión total e inagotable de una realidad insoportable. A ella llegaron algunos rehenes. Uno de ellos tuvo que ser evacuado. Otro empezó a comer excrementos. El que la pasó "mejor" fue El Cabalista, un loco cuantofrénico y monomaniaco, pues, todo lo interpretaba positivamente a través del cálculo aritmético; vivía en el séptimo cielo.

Las necesidades de los rehenes fueron atendidas por los familiares, la Cruz Roja Internacional y un comité peruano/japonés. Los suministros lograron, únicamente, aliviar en algo las frustraciones; mas no contrarrestar la pérdida de la libertad y la pérdida de la esperanza de sobrevivir. Entre las provisiones recibidas figuraban vino de misa, ornamentos sagrados, Biblia, comida japonesa, comida coreana en una ocasión especial; cigarros, bebidas gaseosas, jugos, útiles de higiene, desodorante, libros, guitarras, visitas médicas, servicio de correo con los familiares, servicio religioso, etc. Estas consideraciones fueron, supongo yo, porque Cerpa **quería negociar** y no presionar al gobierno para que optara por un eventual enfrentamiento armado.

En un principio las cartas que enviaban las esposas de los familiares contribuían a aumentar la angustia, desesperación y pena de los rehenes; hasta que, mediante las técnicas de mentalización positiva que les impartieron, cambió el contenido de las cartas. Ante la ausencia de una formación política, recibieron psicoterapia de emergencia.

Monseñor Cipriani, *voz cantante del grupo de garantes* y representante del Vaticano y Anthony Vincent, embajador de Canadá, entran a la residencia como Pedro por su casa. Traen información de la negociación y atienden pedidos. La relación entre Cipriani y el Canciller (Francisco Tudela) es estrecha. Ellos son genuinos legatarios de los artificios del colonialismo para doblegar resistencias psicológicas y se encargaron de seducir al cholo Cerpa cuando fue atacado por el "mal de altura" o soroche mental. Pasó muy rápidamente de estar en la sartén a tener la sartén por el mango. En sus reuniones con Cerpa lograron algunas reivindicaciones y la libertad de dos rehenes. Una sola fotografía de esas reuniones sería muy elocuente por las notables diferencias de características físicas y culturales. Esas reuniones fueron un reflejo hasta hoy indeleble el sello colonial de un gran sector de la población peruana y que es un escollo para una futura revolución social.

A los 56 días ingresa un nuevo personaje: Domingo Palermo, ministro de educación e interlocutor nombrado por el Presidente de la República. Conocido en la opinión pública bajo la connotación de El Mecedor por el rol que cumplió.

El jueves 06 de marzo, a los 79 días de reclusión, los del MRTA detectan la construcción de túneles y deciden **trasladar a los rehenes al segundo piso** (?). Las tensiones y el aburrimiento aumentan por la agotadora tarea de vigilar en un prolongado encierro, los del MRTA evacua su nerviosismo jugando futbol en la sala del primer piso; lo que, luego de unos días ya no surte efecto.

Cuando las medidas dilatorias del gobierno agotan a todos y la construcción de túneles se hace evidente, los tres militares que sabían del plan de rescate empiezan a utilizar el *beeper* que no fue requisado y los micrófonos ocultados en la guitarra, Biblia y demás ornamentos sagrados. En esas circunstancias, Luigi, de protagónica actuación en la masacre de El Frontón, se volvió un fervoroso devoto; improvisando oraciones cuando se acercaban los vigilantes del MRTA. Así es como son informados de la situación interna pormenorizada los que están dando los toques finales para la incursión militar de rescate. Es evidente, que más incomunicados estuvieron los del MRTA, con la sartén por el mango, que los rehenes en la sartén. ¡Qué tal paradoja!

El 22 de abril de 1997, cuando han transcurrido 126 días de reclusión, y a las 3:23 p.m. los del MRTA brindaron la oportunidad a*l marino gigantón* para emitir la señal y empezara la incursión militar: *Condiciones favorable; c*on los resultados ya conocidos.

Al día siguiente a las 11 a.m. en el hotel Country Club es convocada una conferencia de prensa por la Comisión de Garantes en donde dan por finalizada su actuación. El arzobispo Luis Cipriani lamentó las muertes ocurridas, incluso, derramó lágrimas por la muerte de todos los subversivos. Lo que conmovió a los teleespectadores; aunque para un sector le resultaron lágrimas de cocodrilo. *Consumatum est.*

★★★

Si bien, el libro de Matsuda serviría como alegato para humanizar las condiciones carcelarias es inútil; porque la clase dominante no va a tomar conciencia voluntariamente, pacíficamente, sin una medida de fuerza. Esta afirmación parecería temeraria, pero es cierta. Mientras Cerpa tuvo la sartén por el mango se generó una cierta opinión, especialmente entre los familiares de los rehenes, para mejorar las condiciones carcelarias. Todo depende de quien tiene la sartén por el mango. Creo que ninguno de los exrehenes ha hecho apostolado para humanizar las condiciones carcelarias. Sin embargo, Matsuda con *Rehenes en la sartén* ha demostrado que no hubo revanchismo cuando

Cerpa tuvo la sartén por el mango; puesto que el Estado se ha ensañado en las cárceles con los presos por el delito de subversión.

En el tiempo que duró la ocupación de la embajada hubo momentos en que convivieron armoniosamente miembros de ambos bandos. Lo que algunos llamaron "síndrome de Estocolmo". Tal así es que la semblanza de Roli –Rojas, "El Árabe" es ponderada y por ello meritoria. (pp. 52/53) Si hubiera que hacerle alguna observación al autor, esa sería la infidencia de la vida privada de Goro Hadase (nombre figurado), sociólogo y primer secretario de la embajada del Japón. (pp. 180/82). O su equívoco de calificar de "Retardadito" a uno de los jóvenes selváticos del MRTA por su incomprensión del medio cultural en el que actuaba (pp. 85-220).

Entre los efectos del rescate de los rehenes estuvo la renuncia del embajador Aoki y la promoción de Cipriani a primado de la iglesia, el ensoberbecimiento de las cabezas del régimen y su disputa interna por la paternidad del rescate. Y mirado en perspectiva, el principio del fin del gobierno al que llegó el año 2000.

Rehenes en la Sartén es valioso para todos; pero, especialmente útil para los hombres de acción; ya que: *Quien desconozca las enseñanzas de la historia estará condenado sin remedio a repetir los errores del pasado.*

El martes dos de diciembre del 2008 fue presentado *Rehenes en la Sartén* en la Asociación Peruano/Japonesa; su amplio auditorio resultó empequeñecido por la gran concurrencia. Asistió, entre otros exrehenes, Luis Giampietri el llamado *marino gigantón* y ahora vicepresidente del gobierno de Alan García y Julio Vicht, quien rehusó ser liberado. La nota jocosa fue puesta por el autor del libro y por Lourdes Flores, una de las comentaristas.

Matsuda, haciendo gala de su acriollamiento, preguntó a los concurrentes:

¿Todos tienen en la mano el separador del libro que se ha distribuido al ingreso?

Al unísono todos respondimos: *¡¡¡Si!!!*

A lo que replicó:

Buen, ahora ya saben en dónde ustedes deben usarlo.

Por su parte, Lourdes Flores –quien había acudido con un pantalón blanco que enfatizaba su tafanario-, hizo un aporte involuntario luego de gastar frases vacuas en torno al libro cuando dijo:

... como el padre jesuita Julio Vicht, recientemente fallecido...

Inmediatamente y en un tono airado las mujeres que estaban en la parte delantera la interrumpieron diciendo a voz en cuello:

¡¡¡Aquí está!! ¡¡¡Aquí está!!! ¡¡¡Aquí esta el Padre!!!

El auditorio estalló en carcajadas.

★

rengifoantonio@yahoo.com
Lima, 24 de enero del 2009

http://es.dir.groups.yahoo.com/group/diaspora-chilenaNoSPAM/message/42565